



Lord Byron

El sitio de Corinto

Poema de George Gordon Byron (1788-1824), publicado en 1816. Se narra el sitio que los turcos pusieron en 1715 a la ciudad, ocupada por los venecianos. Fue criticado por sus contemporáneos debido a la construcción de ciertas frases, a los solecismos y a la técnica imperfecta de sus versos.

En el año mil ocho cientos diez, después que Jesús murió por los hombres, éramos una valiente tropa que recorría la tierra a caballo, y desplegabamos las velas por los anchos mares. ¡Oh, cuán alegres eran nuestros viajes! Pasábamos a vado los ríos y escalábamos las más escarpadas colinas: nunca nuestros corceles tuvieron un día de descanso al abrigo de una gruta, o bajo la fresca sombra de un árbol: siempre encontrábamos un sueño dulcísimo en el lecho más incómodo. Envueltos en nuestro rudo capote albanés, tumbados sobre la tabla más dura de nuestro veloz bajel; o extendidos a la orilla de un río, con la cabeza apoyada en las sillas de nuestros caballos, que nos servían de almohadas, siempre estábamos seguros de despertarnos frescos y dispuestos a las fatigas del día.

Todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras, tenían libre curso: gozábamos de salud, disfrutábamos de esperanzas; conocíamos las fatigas de la vida aventurera, pero nunca sus pesares. Había entre nosotros gente de todas las naciones y de todas las creencias. Unos pasaban las cuentas de sus rosarios, por ser hijos de la iglesia: otros eran hijos de la mezquita: algunos, si mal no recuerdo, no dependían de una ni de otra. De fijo que en todo el mundo no se hubiera encontrado caravana más heterogénea ni más alegre.

Unos han muerto ya; otros sé hallan lejos; otros dispersos y aislados; otros hoy rebeldes, recorren las montañas que coronan los valles del Epiro, país donde la libertad deja oír todavía de vez en cuando el grito revolucionario de independencia y hace pagar con ríos de sangre las crueldades de la tiranía: otros, no han podido encontrar la paz en

sus hogares... ¡ay! ¡ya nunca más volveremos a reunirnos para divertirnos y viajar juntos!

¡Cuan rápidamente trascurrían aquellos días de fatiga! Y ahora, cuan pesados, cuan lentos trascurren nuestros días: pero mi pensamiento, como una golondrina vuela rozando el mar con sus alas, y mi imaginación, pájaro salvaje y vagabundo, recorre de nuevo la tierra, atravesando velozmente los aires.

Esto es lo que despierta sin cesar mi lira y lo que me obliga a suplicar tan a menudo al pequeño número de los que soportan mis cantos, que me sigan en mis ideales peregrinaciones.

Extranjero, ¿quieres tú también seguirme y sentarte a mi lado en la cima del Acrocorinto?

I. Los años y los siglos, el soplo de las tempestades, y el fragor de las batallas han pasado sobre Corinto: pero en pie permanece todavía, como fortaleza erigida por la libertad. Las violencias del huracán, los temblores de la tierra, no han podido conmover su antiquísima roca, piedra central de una tierra que aunque decadente, ha conservado toda su altivez sobre aquel límite opuesto al doble mar, cuyas olas de púrpura, parecen dispuestas a combatirse, pero que arrastrándose acuden a sus pies, a depositar su cólera. Si toda la sangre derramada sobre aquellas orillas, desde el día en que Timoleón hizo correr la de su hermano, hasta la vergonzosa derrota del déspota de los Persas; si toda la sangre empapada en aquella tierra, pudiese brotar de repente, este nuevo océano inundada el istmo que se prolonga indefinidamente en el mar. Si pudieran reunirse y amontonarse los blancos huesos de todos los que la guerra segó, vedase elevarse a través de los cielos una pirámide más alta que el monte Acrópolis, cuya cima coronada de torres, parece perderse en las nubes.

II. Veinte mil lanzas brillan sobre el monte Citeron: y desde las alturas hasta la doble ribera, álzanse las tiendas de los guerreros: la media luna brilla a lo largo de las filas en batalla de los musulmanes. Cada cuerpo de *spahis* se halla bajo las órdenes de un pachá de larga barba: y tan lejos como la vista puede alcanzar vense cohortes de turbanes. El camello de la Arabia dobla la rodilla; el tártaro hace caracolear a su corcel; el turcomano ha abandonado a su rebaño, para ceñirse la cimitarra, y el trueno de la artillería, parece imponer silencio al mugido de las olas. La trinchera se ha abierto; la bala mensajera de la muerte, se escapa con silbido horrible de su tubo de hierro, y va a destrozarse las murallas de la ciudad, que se desmoronan poco a poco.

Pero los sitiados saben responder a los ataques de los infieles y enviarles también la muerte entre nubes de humo y de polvo.

III. ¿Quién es aquel guerrero, siempre el primero en el asalto? Más hábil en el arte fatal de las batallas, que ninguno de los adoradores de Alah, soberbio y feroz como un jefe acostumbrado a ordenar la victoria, reconoce todos los puestos, siempre pronto a nuevas heroicidades, y lanza su corcel por doquiera que la acción es más empeñada y sangrienta. Si distingue una batería valientemente defendida, echa pie a tierra y reanima el valor del soldado que languidece; es el más terrible de todos los guerreros que son el orgullo del sultán de Stambul: es el mejor de todos, ya marcha a la cabeza de sus batallones, ya apunte con su diestra mano el terrible cañón, ya armado de la lanza, o ya haciendo describir un círculo a su ancha cimitarra. Es Alp, el renegado del Adriático.

IV. Nació en Venecia, donde cuenta ilustres antepasados; pero desterrado de su patria, volvió contra ella la cien-

cia guerrera que sus compatriotas le habían enseñado, y hoy ciñe el turbante su afeitada cabeza.

De revolución en revolución, Corinto y la Grecia habían acabado por obedecer las leyes de Venecia. Entre los enemigos de la cristiandad, Alp hallábase inflamado de ese furor que experimentan aquellos a quienes el recuerdo de una sangrienta injuria ha obligado a abrazar un culto nuevo. Venecia dejó de ser para él Venecia la *libre*, título de que tan orgullosos se mostraban sus ciudadanos.

Delatores, demasiado cobardes para mostrarse a la luz, habían depositado en la boca del león de San Marcos<sup>[1]</sup> la acusación que motivó su destierro: tuvo tiempo para huir y salvar sus días, destinados a los combates. Hizo conocer a su patria lo que perdía, rechazando de su seno a un hombre que defendiendo la cruz o la media luna, no buscaba más que la venganza o la muerte.

V. Cumurgi manda el ejército musulmán; es el que más tarde adornó el triunfo de Eugenio, cuando cayendo en la sangrienta llanura de Carlowitz, el último y el más terrible de los vencidos, murió sin desear la vida, pero maldiciendo la victoria de los cristianos. ¡La gloria de Cumurgi, del conquistador de la Grecia, no puede ser completa en tanto que los adoradores del Cristo no devuelvan a la patria de los héroes la libertad que debió en otro tiempo a Venecia! ¡Siglos han pasado desde que sometió los griegos a la media luna!

Alp había recibido de Cumurgi el mando de la vanguardia. Muchas ciudades reducidas a cenizas justificaban esta confianza: y los golpes mortales de su brazo eran garantía de su fidelidad a su nueva religión.

VI. De día en día desmoronábanse las murallas, blanco continuo del fuego de la artillería; las culebrinas truenan sin descanso: por intervalos explotan las bombas en alguna cúpula de Corinto.

El edificio cae con estrépito, bajo el globo encendido; las llamas surgen en columnas rojas y ondulantes, o divididas en innumerables meteoros, van a extenderse por el espacio de los cielos.

Espesa las nubes la negra humareda, y el sol no puede atravesar con sus rayos los vapores de azufre que ocultan su disco a la tierra.

VII. Más no es solo la venganza lo que al renegado anima, cuando enseña a los musulmanes el arte de abrirse el camino de la brecha.

En los muros de Corinto hay una virgen, que espera robar a un padre inexorable que desdeñó aceptarlo por yerno, cuando llevaba un nombre cristiano. En los días más felices de su juventud, libre de toda acusación, dotado de un franco buen humor, en su góndola o en los salones, entregábase a los placeres del carnaval y daba sobre el Adriático las serenatas más melodiosas, que pueden dirigirse a una belleza italiana en el silencio de la noche.

VIII. Sospechábase que Francesca no había sido insensible a las galanterías de aquel hombre: porque, solicitada por todos los nobles venecianos, nunca su mano se había aprisionado en las cadenas de himeneo; y cuando Lanciottto<sup>[2]</sup> huyó al campo musulmán, ya no volvió a aparecer la sonrisa en los labios de la joven. Palideció y tornóse cabizbaja: acudió con más frecuencia a los templos, y raramente apareció en las fiestas y en los bailes, donde sus ojos bajos testimoniaban su indiferencia hacia los corazones, cuya conquista hacia su hermosura.

Cesó de distinguirse por la elegancia de su traje; su voz perdió su dulce vivacidad, sus pies eran menos ligeros en el baile, que tantos otros interrumpían pesarosos, cuando la mañana acudía a sorprenderles.

IX. Mientras que Sobieski humillaba el orgullo de la media luna, sobre las murallas de Buda y a orillas del Danubio, los generales venecianos, habían arrancado al imperio de Constantinopla, toda la comarca que se extiende desde Patras hasta el mar de Eubea. Encargado de representar al Dux en aquellos países, Minotti había sido enviado a Corinto, cuando la paz, mucho tiempo hacia desterrada de Grecia, comenzaba a sonreír a aquel país desventurado.

La pérfida tregua, cuya ruptura fue la señal para expulsar a los cristianos, duraba todavía cuando Minotti había llegado con su hija. Desde los tiempos en que la esposa de Menelao, abandonando a su rey y a su patria, enseñó a los mortales las desgracias que son consecuencia de los amores adúlteros, ninguna belleza había aparecido en Grecia que pudiera compararse a la divina Francesca.

X. La muralla está desmoronada, abierta la brecha: mañana al despuntar la aurora, los turcos, aunando sus esfuerzos, deben dar el postrer asalto a aquella masa de piedras derruidas. Asígnase a cada cual su puesto: en la primera fila se hallan los que tienen más esperanza, llamados injustamente *los desesperados*, cuerpo distinguido, compuesto de tártaros y musulmanes, despreciando hasta el pensamiento de la muerte, y sabiendo abrirse paso con sus cimitarras, a través de las filas enemigas; o si llegan a sucumbir, haciendo de sus cadáveres una defensa para el guerrero que ha de morir el último.

XI. Es media noche. El redondo disco de la luna brilla fríamente sobre el Citeron: el Océano desarrolla sus azuladas olas: la bóveda de los cielos sembrada está de estrellas parecidas a islas de luz en medio de otro Océano, suspendido siempre sobre nuestras cabezas. ¿Quién puede contemplarlas y volver la vista a la tierra sin sufrir un triste pe-



sar, y sin desear alas para alzar al vuelo y confundirse entre sus claridades inmortales?

La calma reinaba sobre las olas, cuya espuma mojaba apenas los guijarros de la orilla, y cuyo murmullo parecíase al de un arroyo: el viento dormía sobre las olas: las banderas no flotaban, y por encima ele las lanzas que rodeaban con sus pliegues, brillaba altiva la media luna.

Únicamente la voz de los centinelas turbaba por intervalos aquel silencio.

A menudo también, el corcel dejaba oír sus altivos relinchos, que repetía el eco de las colinas. Pero un murmullo sordo, parecido al ruido del follaje estremecido por el viento, elevóse en el campo, despierto repentinamente: era la voz del muezzin, que invitaba al ejército a la oración vespertina. Esta voz retumbó como el solemne canto de un genio, cuyos acentos respiran dulce y melancólica armonía: no de diferente modo surgen de una arpa solitaria, cuyas cuerdas son heridas por el viento, sonidos vagos y prolongados, desconocidos en la música de los hombres. Parecióles a los guerreros de Corinto el grito profético de su derrota: los mismos sitiadores se estremecieron, como heridos por uno de esos presentimientos inexplicables que a veces se apoderan del corazón, lo hielan de espanto, y le hacen palpar con violencia, avergonzándose de su terror involuntario. De igual modo el sonido de la campana nos hace estremecer, aun cuando anuncie la pompa fúnebre de un desconocido.

XII. La tienda de Alp hallábase erigida sobre la orilla: terminada la oración todo volvió a quedar en silencio. Había colocado sus centinelas: había hecho su ronda; todas sus órdenes habían sido dadas: todas habían quedado cumplidas. Una noche más de inquietudes y al día siguiente la venganza y el amor iban a pagarle con usura el retardo de sus promesas. Unas cuantas horas más y la carnicería iba a empezar. Necesidad tenía de reposo para prepararse: pe-

ro los pensamientos precipitábanse en su alma, como las olas agitadas por la tempestad.

Alp se halla solo, de pie en el campo.

No es el entusiasmo del fanatismo el que le hace suspirar por el día en que enarbolará la media luna sobre las torres de Corinto: si va a arriesgar su vida no es con la esperanza de la inmortalidad y de las huríes celestiales, por el profeta prometidas: no siente ese ardiente fuego del patriotismo, ese exaltado valor que inspira al ciudadano a derramar su sangre y desafiar todos los peligros en pro de su tierra natal.

Alp no es más que un renegado armado contra su patria; solo en mitad de su tropa, no tiene ni un corazón, ni un solo brazo en el que fiarse pueda. Síguele, porque es bravo y enriquece a sus soldados con los despojos de los vencidos: arrástranse ante él porque conoce el arte de subyugar las almas vulgares: pero todavía no le ha sido perdonado su origen cristiano: envidian hasta la gloria adquirida por un cristiano, bajo un nombre musulmán: no se ha olvidado que aquel jefe tan temible ha sido en su juventud uno de los mayores enemigos de Mahoma.

Aquellos bárbaros ignoraban lo que puede el orgullo, cuando ha sabido ahogar todos los otros sentimientos. Ignoraban de qué modo el odio cambia y endurece los corazones más tiernos, y cuál es el fanatismo de aquellos a quienes la necesidad de vengarse ha convertido a una nueva creencia. Sin embargo, obedecen: fácil es gobernar a hombres feroces, cuando uno se siente más audaz que ellos. Tal es el imperio del león sobre el chacal. El chacal descubre la huella de la presa y la conduce a las garras del león que, la inmola, se harta y le abandona el resto del banquete.

XIII. La cabeza de Alp arde, los latidos de su corazón son convulsivos...

En vano busca una posición favorable para el sueño: el reposo huye de él, o si consigue adormecerse un momento, despiértase sobresaltado y con el corazón oprimido. El turbante estrecha dolorosamente su frente, y su cota de malla, pesa como el plomo sobre su corazón.

Sin embargo, en otras ocasiones, el sueño había cerrado a menudo sus párpados aunque, como hoy, se hallase tendido, vestido de todas armas, sin almohada ni tienda, sobre una tierra más dura, y bajo un cielo menos puro.

En vano llama al reposo; no puede esperar el día en su tienda, y dirige sus pasos hacia la arena de la playa, donde encuentra a millares de soldados pacíficamente dormidos.

¿Se hallan acaso más muellemente recostados? ¿Por qué Alp, no disfruta de un sueño concedido al último de sus soldados? ¿Son, por ventura, sus peligros más numerosos que los de su jefe? ¿Son más penosos sus trabajos? Sin embargo, ellos sueñan en paz con el botín prometido, y solo, en medio de aquellos desgraciados que duermen, quizá por la última vez, Alp pasea su cruel inquietud, y envidia la suerte de todos los que se ofrecen en aquel momento a sus miradas.

XIV. La frescura de la noche, alivió un poco el estado de su alma. El aire era dulce; y el purísimo rocío derramaba un bálsamo sobre su frente. Ya ha pasado los límites del campo; apercibe ante sí la bahía y las ensenadas irregulares del golfo de Lepanto. Sobre la cima de las montañas de Delfos, brilla una nieve respetada por los años. Los siglos no la aniquilarán como aniquilan a la raza humana. Los tiranos y los esclavos desaparecen ante los rayos del sol, más frágiles que el ligero, blanco velo, que cubre eternamente las cimas de los montes y que sobrevive a los árboles y a las torres ambiciosas. Aquella nieve inmortal parece un paño fúnebre que la libertad ha extendido sobre su tierra favorita, antes de ser desterrada de ella. Abandonando con pesar aquellos lugares, donde un genio profético inspiraba los cantos glo-

riosos de los héroes, alejóse llorando y acortando sus pasos cuantas veces pisaba incultos campos o altares derribados. Dispuesto se halla a llamar a los hijos de los griegos, mostrándoles los gloriosos trofeos de sus padres: pero ¡ay, su voz es impotente, no volverá nunca aquel día de eterna memoria, que iluminó la derrota de los persas y vio sonreír al espartano expirante!

XV. A pesar de su traición criminal, Alp no había perdido el recuerdo de aquellos gloriosos tiempos. Comparó el presente con el pasado: pensó en la muerte gloriosa de aquellos que habían derramado su sangre por una causa mejor, sobre aquella misma tierra por donde dirigía sus pasos errantes. Conocía cuán débil y mancillada seria la gloria que adquiriera un traidor que mandaba un ejército musulmán y cuyos triunfos serian sacrilegios. No eran así aquellos héroes, cuyas cenizas dormían en torno suyo. Sus falanges habían combatido en aquellos mismos sitios cuyas trincheras eran aprovechadas por el enemigo. Víctimas fueron de su abnegación, pero morir no pueden.

La brisa parece suspirar sus nombres, y las aguas murmurar sus hazañas: llenos están los bosques de su gloria. La columna, que aun eleva su cabeza solitaria, enorgullécese de pertenecer a su polvo sagrado: sus sombras habitan las montañas: su memoria encuéntrase siempre en las fuentes: el arroyo más humilde, el río más soberbio han asociado su fama a sus ondas. A pesar de su yugo, aquella tierra será siempre su patria y la de la gloria. El hombre que desea ilustrar su nombre con una noble hazaña, vuélvese a contemplar la Grecia, y orgulloso con el ejemplo de sus héroes, se atreve a pisotear las cabezas de los tiranos, y vuela a los combates, para morir o ser libre.

XVI. Alp meditaba en silencio, bendiciendo la dulce frescura de la noche. Ninguna agitación turbaba las olas de aquel mar, que corre eternamente sin flujo ni reflujo. Por

fuerte que fuese el furor de las olas, apenas si traspasaban los límites que las detenían, y la luna impotente las veía libres de su influencia. Que el tiempo esté tranquilo o que ruja la tempestad, la roca, altiva sobre su base inquebrantable, desafía a la ola mugiente que no puede llegar hasta ella. La blanquizca huella de la espuma, es la misma hace siglos: apenas una corta playa de arena la separa del musgo de la orilla.

Alp se acerca a la muralla, desde donde podía ser herido; pero nadie le ve.

¿Cómo puede librarse de los tiros del enemigo? ¿Habrá traidores entre los cristianos? ¿Sus manos se han paralizado? ¿El frío ha helado sus corazones? Lo ignoro, pero ninguna bala parte de las murallas, ninguna ha silbado todavía sobre la cabeza del renegado, por más que se hallase a dos pasos del lienzo de muralla, cuya puerta daba al mar, y por más que oyera el ruido del cuerpo de guardia y llegara hasta oír las palabras rudas de los centinelas que herían el suelo con paso medido.

Ve encima de las trincheras perros hambrientos que, gruñendo, devoran los cadáveres que yacen aquí y allá. Demasiado ocupados se hallan con sus presas para pensar en perseguirle con sus ladridos. Habían ya despojado la cabeza de un tártaro, de toda su carne, de igual modo que se quita la piel al fruto maduro de la higuera: sus blancos dientes chocaban con ruido sobre el cráneo más blanco todavía, que se deslizaba fuera de sus colmillos y apenas podían levantar su cuello abotargado.

Alp reconoció por los turbantes que había esparcidos por la arena, que aquellos que sirviendo de pasto estaban a aquellos animales hambrientos, eran los más valientes de su ejército. Los *shamls*, que habían rodeado la frente de aquellos guerreros, eran de un color verde mezclado con escarlata, y de sus cabezas afeitadas, sobresalía una larga mecha de cabellos.

En la orilla, un buitre pegaba con sus alas a un lobo que había robado a las aves de rapiña los restos de un caballo y a quien la presencia de los perros había impedido asistir al festín de los cadáveres.

XVII. Alp apartó su vista de aquel horroroso espectáculo. Nunca su corazón se había estremecido en medio de los peligros de una batalla; pero mejor hubiera soportado el aspecto de un guerrero que espira en las olas de su sangre, devorado por la sed de la agonía, que ver animales feroces desgarrar los cadáveres de aquellos desgraciados, libres ya de todo dolor.

Existe un sentimiento de orgullo que nos inspira la señal de los combates: cualquiera que sea la forma bajo que aparezca la muerte, la gloria se halla allí, para proclamar el nombre de los que sucumben, y el honor tiene puesto sus miradas sobre las hazañas del valor; pero cuando todo ha concluido, es penoso pisotear los cuerpos de aquellos que aún esperan un sepulcro, y ver a los gusanos de la tierra, a las aves de rapiña y a las bestias feroces, acudir a disputarse los restos del hombre, y regocijarse con su muerte.

XVIII. No lejos de allí, un templo antiguo cubría la tierra con sus ruinas: dos o tres columnas permanecían todavía en pie y el musgo crecía sobre el mármol y el granito.

¡Tal es el tiempo inexorable! No respetará el porvenir como no respetó el pasado, dejando siempre los restos de lo que mata para hacernos gemir sobre lo que fue y sobre lo que será. Lo que nosotros hemos visto, nuestros hijos lo verán como nosotros; los restos de los monumentos que ya no existen y los fragmentos de las piedras elevadas por la mano de los hombres mortales.

XIX. Alp se sentó en la base de una columna y pasóse una mano por la frente como un hombre que medita dolorosamente: inclinada tenía su cabeza sobre su corazón agi-

tado por un movimiento convulsivo: su mano erraba vagamente por su rostro, como la de un músico que recorre desordenadamente el teclado de un piano, antes de haber encontrado el tono que busca.

Tristemente absorto, creyó oír el soplo del viento de la noche, parecido a un suspiro tierno y melancólico; pero ¿era el viento que gemía en las hendiduras de alguna roca?

Alp levantó la cabeza y miró al mar: tersa estaba su superficie como la de un cristal: miró a la yerba; nada hacía inclinar su tallo móvil: ¿de dónde, pues, procedía aquel sonido tan dulce? Dirigió su mirada a las banderas: nada hacía agitarse sus pliegues; ni tampoco se movían las hojas de los árboles en el bosque Citeron: ni él mismo siente sobre su rostro la impresión del soplo que ha escuchado. Vuelve la cabeza... ¿Puede creer a sus ojos? Ve a una doncella, deslumbrante de belleza y juventud.

XX. Estremécese con mayor terror, que el que de fijo experimentarían en presencia de un enemigo.

—¡Dios de mis padres! exclama, ¡qué veo! ¿quién eres tú? ¿de dónde vienes? ¿qué buscas tan cerca de un campo musulmán?

Sus manos temblorosas se niegan a trazar la señal de la cruz, que ha cesado de ser para él prenda de salvación.

Hubiera obedecido seguramente al primer impulso, pero su conciencia le detiene.

Mira, examina, reconoce aquel rostro hermosísimo, aquel talle esbelto: es Francesca la que está a su lado, Francesca que hubiera podido ser su esposa.

Las rosas brillaban todavía en sus mejillas, pero su color era más pálido. ¿Adónde habían huido el movimiento gracioso de sus labios y la sonrisa que embellecía el tono de sus mejillas? El azul del Océano tiene menos dulzura que el azul celeste de sus ojos: pero su pupila permanece ahora inmóvil como las olas, y su mirada es glacial. Una gasa ligera vela apenas sus pechos, blancos como el lirio, y a través